

LADISLAO GRYCH

JESÚS EL GRANDE ⁽²⁰⁾

Al terminar *“Jesús vive en mí”*, me parecía que faltaba un texto que podría estar en sintonía con los anteriores: *“Mi Jesús”* y el mencionado: *“Jesús vive en mí”*, en medio del desarrollo del pensamiento; pero me quedé perturbado, sin saber cómo seguirlo; debía esperar; luego, cuando vuelvo a recorrer los pequeños pueblos de nuestra misión, aún vuelvo a ése: *“Jesús el Grande”*, y así está.

PROLOGO

Sigo buscando el lugar para Jesús en el mundo; presiento que es mi deber, y no hay otra tarea tan grande como ésta. Entonces, con más razón, sigo buscando el lugar para Él; aún quisiera que mi vida fuese como abrir la puerta para Jesús, y si lo pudiese hacer, no sería mi mérito, pues Tú, Señor, abres el espacio e inspiras mis pasos.

Jesús aparece muy temprano en mi vida, antes que los otros; Él, como aquellos de la primera fila, llega antes de que abran la puerta y lo llamen.

Llega la hora, se abre la puerta; y por ella pasan muchos, casi atropellándose; pero, ¿entraría Jesús en medio de la corriente o se queda al costado, ignorado, empujado y aún golpeado? Y Él estuvo primero, fue el que vino a esperar la entrada.

¿Volverá mañana a esperar nuevamente?; sí, volverá.

¿Me reprochará por mi olvido, por mi desinterés?; no lo sé, y quizás no.

¿Hasta cuándo Señor, estaré en ese camino sin rumbo?; y Jesús aún sigue viniendo, esperando cada día.

Ahora, estoy lejos de Él, y mi vida se proyecta cada vez más confundida; y no sé si la veo del todo, porque sólo sigo.

¿Cuánto tiempo hace que no tomo en cuenta de que tú estás?

Y ni siquiera lo sé; podría ser una semana, como varios años.

Estoy ocupado; hace tiempo que ya estoy con mis tareas y no puedo postergarlas; hay tantas y todas son urgentes.

Pero alguien me habló de ti; incluso que fuese bueno volver a verte; me dijo que mi vida hubiese podido ser diferente.

No entiendo lo que me dice ni por qué.

Me parece que la venida de Jesús a mi vida, podría ser como

recibir a un extraño; porque mi vida lleva su realidad, me he acostumbrado a vivir de esta manera, y si Él viene...

Aún me acuerdo de los encuentros con la gente; y como no los deseaba, casi no hubo palabras, todo estaba muy forzado, esperando a que terminase cuanto antes.

Pero llega la hora de la gracia y no hay barreras que podrían sostenerse; ya no podemos negarnos más, ante Jesús; y así debe ser por el bien de nosotros.

Es porque la gracia nos supera; y ya no es nuestro mérito que busquemos a Jesús; si es que Él viene, porque le pedimos, no obstante, lo hace en las circunstancias muy misteriosas.

¿Cuánto tiempo posterga el hombre?

¿En qué momento se abre para Jesús que lo espera?

¿Quién de los hombres lo comprende?

Y si no lo comprende, ¿por qué preguntarlo?

Quien vive la gracia del encuentro con el Señor, es como si llegase a la fiesta; es la vida que, en algún sentido, nos lleva para llegar a Jesús, pues hoy, Él es todo para nosotros; y en estas circunstancias, la gracia resplandece más aún.

Jesús sabe transformar nuestra vida, de modo misterioso; los cambios tendrán su tiempo, pero la felicidad ya viene.

Son grandes esos cambios, se comprenden cada vez más, y el tiempo les abre la perspectiva, mientras Jesús crece; pues si Él sigue creciendo en nosotros, también crecerá en el mundo y en medio de los hermanos.

Cerro Convento, 17 de junio de 1994

1. EL LLAMADO

a. EL COMIENZO

El llamado nace en los comienzos, antes de iniciar el camino; y caminar tras Jesús es responder al llamado ya bien claro. Los que no lo sienten, aún se quedan esperando, a veces, sin saber a quién esperan; así pasan el tiempo, la vida; pero llega la hora de cuestionamientos y de preguntas.

Mientras se trata del cristianismo que se proyecta como una multitud, es fácil perder la inquietud por el llamado de Jesús, porque en medio de la corriente, aún caminan otros que nos llevan como el agua.

Muchos de nosotros nacimos en una familia cristiana, no nos preguntamos por las raíces, ni nos cuestionamos; el llamado es como la herencia, a veces sin valorarla, como esos bienes que no cuestan muchos esfuerzos, así seguimos aún; pero ese seguimiento no tiene mucha fuerza, pues no se apoya en el encuentro con Jesús que resurge en los comienzos.

El tiempo pasa; ya no nos sentimos presionados e intentamos caminar lentamente, sin forzarnos; nos gusta caminar con los últimos, los más cansados, porque no tenemos ganas, ni hay motivaciones que nos sostendrían.

El llamado ya no tiene vigencia y, de hecho, no existe, pues si nadie nos llamó, ¿para qué caminar?

Alguien quiso apurarnos, hasta exigir que nos esforzásemos; pero fue un grito débil, no alcanzó para mucho.

¿A quién le importan esos gritos?; y si todavía, hay algunos que responden, son cada vez menos.

El cristianismo debe respetar la libertad del seguimiento; es la que abre los espacios para aquellos que responden libres, y

puede ser superada por el seguimiento y antes, por un fuerte llamado.

Mientras el cristianismo cuestiona las conductas de los que no dan importancia a los compromisos, existe otro sector del pueblo que descubre casi a tientas, el llamado del Señor; son aquellos aún, que no siempre se identifican con la corriente del cristianismo; y si les parece que deben buscar como por su cuenta, lo hacen apurados, hasta con cierto fanatismo.

Mientras muchos cristianos se olvidan del llamado, resurgen otros que lo pregonan, aún más allá de sus limitaciones; ellos despiertan el pueblo ante la Voz del Señor.

Pues, el pueblo no puede vivir sin verse convocado por Él; y el llamado sostiene la respiración del cristianismo.

El cristianismo debe ir recuperando el valor del llamado; no es que no se habla del mismo; no obstante, es como si aún le faltasen fuerzas, y no llega al corazón, como debe llegar.

Algunos cristianos se extrañan por qué se habla del llamado, no están acostumbrados a escuchar del mismo; esta actitud es parte de las crisis que sufrimos, antes de que empecemos a buscar al Señor.

Al hablar del llamado, aún hay que tratar del seguimiento de Jesús, que crea el compromiso y la apertura, frente a lo que Él nos propone; y Él está presente del primer instante, en cada paso, todo el tiempo; es el modo de vivir y actuar para los cristianos.

Todo está tan claro, y nos compromete; ¿quién no lo sabe?

b. SIENTO UNA VOZ

Aún voy caminando en el mundo de ansiedades y de prisas, mientras presiento una voz que me detiene en el camino.

¿Quién sería que me llama?; no lo sé.
Me detengo, y no escucho a nadie.
Entonces, sigo en mi camino, aún más atento; y no bien
comienzo a correr, la voz vuelve.
¿Qué es lo que pasa conmigo, quién me llama?

¿Qué es esa voz extraña que me llama?
Hace tiempo que vuelve, hasta me asusta.
Si no la escucho bien, algo me dice.
Entonces, me pregunto si estoy en un buen camino.
Y la voz vuelve interrumpiendo en mí.
Cuando estoy con mis tareas, la voz me sorprende más aún.
Luego, termina como si no existiese; pero me quedo con mi
pensamiento inquieto.
¿Voy sospechando los pasos de alguien, en mi vida?

Hace tiempo que alguien golpea a mi casa, a la puerta de mi
corazón; y yo, que fui tan encerrado y seguro de mí, ahora
presiento la inquietud; ¿qué es lo que pasa conmigo?
¿Quién es que me llama a esta hora?
No es la hora propicia; y la voz me sorprende.
Cuando menos la espero, viene y golpea mi puerta.
Mi corazón se inquieta; no estoy tranquilo.

¿Quién es el que golpea?; y no sólo me queda un silencio
que me asusta, sino que siento a alguien en mi vida.
¿Por qué no dices nada?; espero que me hables.
Me asusta tu silencio; ¿por qué no hablas?
Es el silencio que llega, que asusta e inquieta.
¿Por qué no dices nada?

¿No viniste como el ladrón?; pues él también se esconde.
Si descubro su presencia, es porque desaparece.
Tú no me quitas nada, todo está en su lugar; tan sólo estás y

me haces ver que te escondes en medio de tu silencio.
Como el pájaro en el desierto, te hiciste escuchar.
Pero se da cuenta de que alguien lo escucha, y se esconde.
¿Acaso te escondes ante mis ojos, o es que estás y no te veo?
¿Por qué no te veo?

¿Por qué no te veo, si estás?
¿No lo quieres, o mis ojos no pueden verte?
Si presiento tu presencia, es lo que puedo hacer.
Pero no te puede ver un ciego.
Y parece que me llamas con un grito.
No obstante, llegas a mí, como una voz perturbada, perdida;
aún, en el bullicio de mi mundo; gracias por tu llegada.
Y ahora, abre mis ojos, Señor; un ciego espera poder verte.

Inspiraste mi corazón para que reconociese mi ceguera.
Aún no supe que yo era muy ciego.
¿Cómo me hiciste ver mi ceguera incurable?
Pues, por algo la reconozco, y tú estás en eso.
Me dices que debo esperar; que algún día, podré verte.
No sé cuándo, lo sabes tú, tan sólo sé que algún día, te veré.
Y ya comienza a alegrarse mi corazón; te presiento; el ciego
ya extiende sus brazos, y fuerza su mente y su corazón, para
verte; sus manos y su corazón te intuyen en un mundo muy
oscuro.

c. LA VOZ ME LLEVABA A TI

¿Qué hubiese sido mi vida sin ti, mi Señor?
Por mucho tiempo, estabas como ausente.
No es que no estés, pero aún no vives en mis pensamientos;
mi corazón está en otra cosa, y camino sin pensar en ti.
¿Por qué soy así?; no lo sé; si me parece que tengo respuesta,
en lo más profundo de mi ser, aún no lo sé.

¡Qué misteriosa es mi vida para mí mismo!
¡Y qué misterioso eres, mi Señor!

¿Por qué comencé a buscarte?; ¿de dónde venía la luz?
Es que había vivencias que me hablaban de ti, aún sentí la fuerza que me llevaba; es que, en esa búsqueda, también está el presentimiento de una nueva realidad.
Te buscaba casi sin saber por qué; y hay tantas vivencias que no comprendo; hoy, te agradezco por tan sólo buscarte.
Tu Vida, la que siembras en mí, se defiende como por su instinto; si digo que la busco, es porque tú me inspiras.

Lo que me lleva hacia ti, mi Señor, es tu voz que está en mí.
Pero, aún, hay tiempos de sombras en mi corazón.
Aún hay oscuridad; es la que impide verte, sentirte.
Entonces, si no te escucho, me pierdo, pareces lejano y yo solo; ¡qué triste se pone la vida!
Y más triste aún, cuando no lo reconozco.

En esa vida que es triste, perdida, hay momentos de luz; son como ráfagas en medio de las noches; de este modo, la vida se defiende, no llega a morir del todo.
Aparece la clara luz que hasta asusta; no obstante, viene por la salvación; y en ella aún nace la esperanza, por más que el camino sea muy largo por recorrer.
La luz del Señor nos llega; pero los que viven distantes de Él, no la ven; ellos viven momentos de luz.

Te agradezco, Señor, por los momentos de tu luz, por tu voz que me llama en lo más profundo de mi ser.
Me parecía que hablabas de lejos; sin embargo, quisiste que tu voz y tu luz se reflejasen en lo profundo de mi corazón.
Aún quisiste que yo descendiese, como se desciende por una escalera oscura, que llegase a lo más hondo de mi existencia;

en el encuentro que vale mucho para ti, Señor, quisiste que te encontrase donde está la fuente de mi vida, que es tuya.

Pero, ¿cuánto tiempo, cuántas luchas me esperan?

El camino se hace largo, estoy lleno de miedos; tengo miedo de estar en mi corazón; por eso, me llevas de la mano, me acompañas en ese camino hacia mí.

Me haces caminar por una escalera húmeda, resbalosa; como me acompañas, estoy más tranquilo; me vas llevando en el camino de mi vida; sé que me conduces en el sendero hacia mi corazón; allí, me espera el encuentro.

En parte, me haces ver mi realidad que atravieso, aún fuerzas mis pasos, vences los obstáculos.

Mi vida es densa, pues voy atravesando mi realidad que llora, sufre y pesa; el camino se pone pesado, pero tú estás; por eso aún camino.

Me vas llevando a la salvación; pero deseas que nazca del encuentro en mi corazón, en lo más profundo de mi ser, aún, tan oscuro.

d. YA LLEGAS A MI VIDA

¿Cuándo llegaste, Jesús, a mi vida?; no lo sé.

¿Cuándo me llamaste?; tampoco lo sé.

Pues me llamaste, cuando estuve en las cosas del mundo, y casi no te escuché.

Si tu voz llega a mi corazón antes de que llegue a mi oído, si tu luz viene antes de que te vean mis ojos, ya estás en mi vida casi sin que te invitase.

Tengo tan poca conciencia de lo que pasa en mí, y lo que nace en mi corazón, está envuelto en un misterioso silencio.

Aún, me llamaste y no te respondí.

¿Cómo podía hacerlo, si ni siquiera supe que me llamabas?
Dices que estuve en mi tarea, muy ocupado; entonces, nadie llegaba a mi corazón.

Tú fuiste ese alguien a quien no le di importancia; y le abrí la puerta sin preguntarle qué quería ni por qué vino.
Así entraste en mi casa, así estás; yo ignorándote, y tú atento por lo que pasa en mi vida, afirmándote en mi ser.

¿Qué pasa con mi vida mientras tú estás?
¿Fuiste inquietud, sorpresa?; no lo sé decir.
Sólo sé que tu presencia aparece en mis pensamientos, como en el sueño de un despierto que aún vuelve, se recuerda.
Así volvías a mi mente; ¿por qué volvías tanto?
Si me molestaba tu presencia, es porque venías a mi mente, mientras estuve en mis tareas, lejos de Ti.
Estuviste de testigo, a veces, reprochándome.

Tu presencia me sorprende y asusta; estás en mis pasos, en mis pensamientos; ya no me desprendo de ti, Señor.
A veces, estás como una sombra que camina.
¿Cuándo entraste en mí, si respetas mi libertad?
¿Por qué siento tanto tu presencia, por qué me inquieta?
¿Dónde están mi vida y mi libertad, o es que tu presencia está más allá de las libertades?

Por mucho tiempo, luché entre tu presencia y mi libertad.
Pero fuiste paciente y callado, no abrías la boca frente a mis gritos y casi insultos.
Porque quise tener mi vida y tú estabas; hasta tu silencio me gritaba, y tu presencia me llamaba.
Estabas, pero yo no estaba tranquilo por las cosas que hacía.
¿Por qué perdí la tranquilidad, si no me decías nada?
Pero mi vida no podía ser indiferente frente a Ti.

El tiempo pasa y tú estás en mí, mientras yo sigo mi camino,
cada día menos tranquilo, menos seguro.
Desde hace tiempo, es como si estuvieses esperando.
¿Qué esperas, si sabes que estoy en lo mío?
Pues, ¿qué estás esperando?
Si estás tan seguro de algo, ¿qué quieres de mí?

Pasó un tiempo, y me llamaste una vez más.
Esa vez, escuché tu voz y mi nombre; fue tan extraño y tan
misterioso lo que pasó; me llamaste por mi nombre.
¿Y qué hice yo?; no supe decirte no, al contrario, acepté tu
llamado y comencé a seguirte sin saber por qué.
Una vez más me sorprendiste; ¿por qué te respondí?
Hasta el día de hoy no lo sé; y tú lo sabes, mi Jesús.

e. EL PRIMER CONFLICTO

Jesús nos llama y aún, tiene alguna cosa para nosotros.
Al encontrarlo, la vida abre sus cauces, recupera los valores,
la felicidad.
Él nos compromete en la misión, por la que viene al mundo,
y nos hace entrar en el Proyecto del Señor.

En Jesús, nos hallamos como mirándonos en el espejo; si nos
vemos como somos, aún recuperamos la noción de la imagen
que buscamos; en lo mas hondo del corazón, se despierta la
visión de lo que somos en lo profundo de nuestro ser.
Empezamos a despertarnos para el Señor, por lo que Él tiene
para nosotros; y si nos fuimos lejos de su Proyecto, aún
empezamos a ver cómo volver, como una nueva posibilidad
de la reconstrucción de la vida, a pesar de que la misma está
en medio de las cenizas removidas por el viento sin rumbo.
Con Jesús, resurge la esperanza; la luz nos permite ver lo que
podría ser nuestra vida; pero el llamado nace mucho antes; es

como si Él actuase por encima de las circunstancias, y no es que las ignore, sino es que supera la realidad.
¡Qué grande es la gracia cuando Jesús nos llama!

Los que se ven llamados, perciben un fuerte impacto que les llega del Señor; luego, se dan cuenta de que sus condiciones son muy escasas; y se cuestionan por si es posible que Él los llame.

Jesús nos pone en una situación confusa, donde están la vida y el llamado; no obstante, si Él nos llama, ¿qué podemos decir?; tan sólo aceptar con humildad, aún esperar, pues el Señor tiene su modo y su propio camino.

El conflicto entre la vida y el llamado es motivo de serios cuestionamientos; es que el llamado se ve condicionado por la realidad; así pensamos nosotros, así lo ven los demás; pero si el Señor llama, no hay cosas que lo impiden; tan sólo hay que esperar su gracia.

Quizás, lo vemos de otra manera, pero los obstáculos pueden ser superados y el Señor aún pondrá de manifiesto lo que Él desea; entonces lo que nos condiciona, sirve para la misión, porque Él sabe lo que quiere y a quien llama.

La guerra entre lo que nos condiciona y el llamado, puede ser fructífera en el camino que recorreremos; en fin, todo se pone al servicio del llamado, y los obstáculos se transforman en fuerzas vitales para la misión de Jesús.

Pero, ¿quién lo entiende hoy?; si no lo ve, que sea paciente, pues viene la luz, y cuando sea la hora, el Señor dará todo.

El llamado es una gracia que sigue renovándose, por más que sea eterno, necesita alimentarse cada día, como la vida.

Quien lo descuida, se queda sin vida; y algún día, se volvería triste y confundido más aún.

Si la vida se pone contra el llamado, puede ayudar a vencer los obstáculos; no obstante, en tantos casos, logra destruirlo; así lo vemos según nuestros conceptos, mientras el hombre puede intentar destruir el Proyecto del Señor.

Los que dicen que se habían equivocado y consideran que el Señor no les había llamado, son los que aún no saben superar la crisis; y la misma hubiese podido ser un modo de crecer en el llamado; pero, ¿quién lo comprende, si no ha vencido los obstáculos que habían surgido en su vida?; ¿y quién los ve, antes de asumirlos, mientras sigue negando el llamado, y aún aporta para destrozarlo?

Si en algún momento ya hubo cierta seguridad, aún por más pequeña que fuese, que Jesús nos había llamado, esa luz fue suficiente para seguirle; si no hemos dado la respuesta, ya no será que Jesús nos juzgue; pero la vida da sus señales y, al no poder realizarse plena, aún se queda con lo que no ha logrado concluirse; y lo digo para respetar la gracia del llamado que es grande por siempre, a pesar de que no se realice.

f. AL ENFRENTAR LAS DIFICULTADES

La gracia del llamado es muy grande; si mantiene su fuerza, sabe enfrentar las dificultades y aún fortalecerse; es que no hay obstáculos que fusen invencibles, para ella, si el llamado está asumido.

Al tener más dificultades, más fuerte podría ser el llamado; y necesita tenerlas; pero si no las supera, no crece; al contrario, llega a verse débil, ante la realidad que halla.

Hay que ser muy consciente de las luchas, para mantener la vigencia del llamado; es una gracia recibida gratuitamente, sostenida con un gran esfuerzo.

El Señor nos inspira para luchar por ella, cada día.

El mundo espera de aquellos que, al ser llamados, cada día, ponen su esfuerzo, mientras cuentan con la gracia del Señor. Los testimonios despiertan nuevos llamados; son una nueva levadura en medio de un mundo que busca al Señor.

Si la gracia del llamado es transparente, aún se verán nuevos seguidores que responden a Jesús, porque tratan de descubrir el llamado del Señor, con tan sólo mirar y ver.

Me pregunto a mí mismo: ¿soy testimonio del llamado?

¿Los que caminan a mi lado, lo pueden ver?

Quiero llevar el llamado como una antorcha prendida.

Que resplandezca por donde camino; y que el Señor ilumine el mundo con la gracia que había sembrado en mí.

Si el mundo ve que Él me ha elegido, tan sólo debo caminar llevando el llamado como el estandarte del Señor.

Ojalá todos puedan responderle.

El llamado como una ola del río, y llega a todas partes con mucha fuerza; la tierra y los hombres lo reciben, y si es su hora, responden al Señor.

Y vienen otros que pueden responderle; pero si no lo hacen, ¿qué pasará?; pues si no le responden, es porque no quieren hacerlo; ojalá, todos vuelvan de sus caminos; Él espera a que lo hagan hoy.

El llamado del Señor es como una ola del río; tiene fuerza para llegar a todas partes con su poder.

Guardo en mi corazón, Señor, tu llamado sagrado.

Ya no sé otra palabra, sino sólo ésta; ella rige mi vida y guía mis pasos indefensos; y es cierto que quiero responderte.

¿Adónde me llevarás, mi Señor?

Mi camino es un misterio; ¿adónde me llevarás?

Si me llamas, debo dejar lo que no tiene importancia; Tú eres el primero y me llamas.

Me llamaste y no me dijiste más ni me explicaste.
Si te respondí de corazón, es porque estabas en mí.
Llegaste tan silenciosamente que no sabía decirte que no.
Me sorprendiste en mi corazón, ni siquiera me diste tiempo
para pensar; pero estoy feliz por el sí.
Gracias, Señor, por llamarme; deseo seguir contigo.

Te pido, Jesús, que me des tu plena luz; que me ayudes a ser
respetuoso ante tu gracia que sigues sembrando en mí.
No puedo ser insensible ni indiferente, ni estropear nada de
lo tuyo, ni ser instrumento de una tarea que, mientras que tú
siembres, lo destruyese, pues sería mi irresponsabilidad.
Sin embargo, aún eso podría ocurrir; Señor, cuida mis pasos,
para que esté atento.

g. EL GERMEN EN MEDIO DEL PUEBLO

Frente a la realidad que viven la Iglesia y el mundo, se abre
un sendero iluminado.

¿Quién indica el paso a recorrer, que viene del Señor?

Me sorprende a cada rato, por su maravillosa obra en esos
tiempos confusos; el Señor no permite que se pierda lo suyo,
y halla su modo para salvarlo.

Él está tras su Proyecto, e inspira a quien quiere.

En aquellos días, aún medio de la crisis del pueblo elegido,
los profetas anuncian la venida del Señor; y dicen que Él va a
ocuparse de su pueblo.

Pues el Señor se ve exigido; como no cumplen los que están
con el pueblo, Él va a cuidar a su rebaño.

No sé si es bien entendido su Mensaje, en aquel tiempo de
los profetas, en aquella hora de las desgracias del pueblo;
pero se proyecta para nuestros tiempos.

Cuando sufre el pueblo, es porque alguien no cumple con el Señor; entonces, Él se ocupa de su pueblo, y encuentra cómo ayudarle; no se queda mudo.

Mientras el grito del pueblo le llega, Él no se calla.

¿Quién vendría de su parte, si el pueblo reclama?

Los tiempos se prestan para abrirnos hacia el Señor.

¿A quién enviaría para salvar a su pueblo?

¿Y si viene el Señor, el pueblo lo reconoce?

Es porque debe reconocerlo.

En medio del pueblo resurge un gran presentimiento.

El pueblo está atento, esperando; está inquieto y si presiente lo que viene del Señor, presta más atención.

En el mundo que había perdido tantos valores, la inquietud es grande; quien no lo ve es porque no quiere ver.

La inquietud es más grande que en otros tiempos; ¿sería la hora de la apertura, por lo que estaría por llegar?

Muchos se despiertan, como si les llegase la hora del Señor;

Él despierta a su pueblo y resurgen los corazones que no se callan; pues si se callasen, se quemarían por dentro de su ser.

Un profundo llamado despierta al pueblo; hace resurgir a los que responden al Señor; Él ha vuelto a buscar a sus llamados y Él mismo se ocupa a que le respondan.

Este llamado es como el germen de la vida o las semillas por brotar; si el Señor las despierta, las lleva por su camino; aún cuida sus pasos, no las deja ni por un instante; es que nacen las vidas para cumplir con el Señor.

El Señor tiene su Proyecto, que nos sorprende una vez más; es tan misterioso que hasta los que creen en Él, se le oponen por mucho tiempo; pero lo verán, los que lo deben ver y el pueblo debe descubrirlo.

Hay tantos que llamas, Señor, por su nombre.
Muchos lo ven y no saben responderte; y otros esperan un tiempo más; pasa ese tiempo, y los que deben responderte, lo harán por tu obra, Señor.
La crisis es grande, pero aparecen tus grandes llamados.
No son como lo piensan los hombres, sino son del Señor; Él mismo se ocupa de su pueblo, y envía a sus elegidos.

2. ¿QUIÉN ERES TÚ?

a. SU MIRADA

¿Cómo describo mi primer encuentro con Jesús?

¿Qué puedo decir sobre Él?

Si antes Jesús había estado como perdido en mi vida, aquella vez, apareció con claridad; más aún, como se encuentran las personas que se miran atentos.

No puedo decir que supe mirarlo, pero estoy seguro de su mirada que llegaba a mi corazón.

No supe qué decir en aquel momento.

No me olvido de su mirada, me queda para mi vida.

Hay vivencias que parecen extrañas y misteriosas; jamás he sentido una vivencia parecida, pues nadie mira como Jesús.

Con el tiempo, aún supe encontrar las miradas como la suya, porque Él está en los rostros de los hermanos tocados por su presencia; y lo de ellos, para mí, es la señal de la Gracia en medio de los hermanos.

Ellos lo llevan a Jesús de corazón a corazón, en el mundo que Él transforma con su presencia y con su mirada.

Te fijaste en mis ojos y leías mi corazón.

Mis ojos, como si fuesen las ventanas por donde entrabas; y no podía esconder nada delante de ti; todo estaba abierto, aún, lo más escondido de mi vida, y lo más olvidado.

Fuiste para mí, quien me hizo ver todo en mí; se cruzaban las miradas y yo, mirándome a mí, por lo que me hiciste ver del primer instante.

¡Qué distintas fueron las miradas!

Yo mirándote y más aún, leyendo mi corazón.

Tú también, mirabas mi corazón y leías mis pensamientos, y

lo sentí en mi interior.

¡Qué distintos fueron los pensamientos!

Los dos pensamos en mi vida, de modos distintos, porque mi vida se fue lejos, tan diferente en mi modo de pensar y de ver, tan ajena a los principios del Señor.

Desde aquél entonces, tuve cierta curiosidad; quise entrar en el corazón de Jesús y leer lo que Él sentía y pensaba de mí.

Me sorprendió por su manera de mirar mi vida, distinta a lo que yo presentía, diferente a lo que piensan los hombres.

Me parecía que su corazón estaba abierto frente a mí, y yo no podía alcanzarlo; ¿qué es lo que me pasaba?

¿Qué es lo que frenaba mi corazón?

Él no decía nada, tan sólo me miraba y yo pequeño, en medio de mi vida expuesta frente a la luz del mediodía.

Si me miraba, yo tampoco le hablaba.

¿Para qué decir, si lo que quisiera preguntarle, me contestaba sin palabras?; y leía mis pensamientos, mis dudas.

Se fijó una vez más, en mi corazón y se abrió una luz aún más grande; aún, me decía que yo debía seguirle.

Mientras Él se iba, a mí, me quedaba retirarme o seguirle; no tuve otra alternativa; luego de lo que pasó, me quedaba vivir en medio de mi oscuridad o seguir a Jesús.

No sé si ya hubiese podido vivir en la oscuridad, después de ver la luz de ese encuentro.

b. ¿QUÉ QUIERES DE MÍ?

No sé qué quieres de mí, tampoco me lo dices.

Si opté por ti, me guié por lo que dijo mi corazón.

Sentí que debí hacerlo; si me preguntases por qué me decidí, no sé decirlo; todo parece tan extraño.

Con frecuencia, vuelvo a esa decisión de seguir a Jesús, y me alimento con la gracia de aquel instante.

Hice un paso a ciegas, sin embargo, convencido de que era apropiado; ¿y qué pudiera aclararme Jesús en aquel entonces, si yo no comprendía nada?

Hoy, aún vuelvo al llamado, como si volviese a la primera semilla sembrada en tierra; por la gracia del Señor, no se perdió y al despertarse, logró enfrentar los contratiempos; sospecho que se hizo un árbol; no sé si es grande.

Luego de tanto tiempo de mirar mi vida, es poco lo que veo; entonces, ¿cómo hubiese comprendido en aquel día?

El llamado y mi vida; las dos realidades se sobreponen; pero, si mi vida fue oscura, cómo ver lo que el Señor esperaba de mí; sin embargo, el Señor me esperaba, lo sentí en la mirada de Jesús, a pesar de mi oscuridad.

¡Cuánto tiempo tarda Jesús para vencer las oscuridades de mi espíritu, hasta que mi corazón se abra para el Señor, y lo que Él espera de mí!; ¡a cuántas cosas debe vencer!

Muchas están como escondidas; y están delante de mis ojos, y no las veo.

Como Jesús iba resolviendo mi realidad, se abría el espacio para la misión; empecé a ver cómo mi vida me condicionaba; no obstante, todo estaba previsto por el Señor, en función de lo que Él esperaba de mí; y lo iba descubriendo como un ciego; primero no veía nada, luego, presentía lo que el Señor quería de mí, lo que Jesús esperaba.

La realidad me condicionaba, fue de veras un obstáculo; pero al quedarse vencida, aún servía en el camino del Señor; y ya superada, encontró el valor en medio de su Proyecto.

Quién comprende que las debilidades, están al servicio de la

misión encomendada por el Señor; si fueron obstáculos y sembraban confusiones, resurgen en un nuevo contexto de la gracia, fortalecen la misión, abren el camino aún más amplio.

Sigo recorriendo mi vida y los acontecimientos superados por Jesús; recuerdo tiempos de dudas, de cuestionamientos y de confusión; y todo está aún en medio del crecimiento de la gracia.

Mientras sé que Jesús me había llamado, presiento la gracia para la misión encomendada; y no es que tenga todo claro, pero la vida va presentando la nueva realidad que me espera; hay cosas que no puedo prevenir, las debo esperar; si recibo la luz por lo que vivo, el futuro viene como esperándome, y queda como un misterio; ya no puedo prevenir ni siquiera un paso, pero sé que la Gracia me lleva; y estoy tranquilo.

Después de tanto tiempo, estoy tranquilo; a pesar de tantas adversidades, mi vida se queda en medio de la gracia, como flotando en un futuro desconocido para mí.

Presiento que ahora, entiendo menos que el día cuando me llamó Jesús; si antes sabía poco, hoy sé menos aún, a pesar de que el Señor me hizo ver tantas cosas.

Como el Señor ilumina mi camino, me veo como un ciego en medio de tanta luz; y sé que estoy en su obra, que es grande. Le agradezco por cada paso, por más pequeño que fuese; y no espero otra cosa en mi vida, mientras camino en la tierra del Señor.

c. HAS CAMBIADO MI CORAZÓN

¿Cuánto tiempo, Jesús, para cambiar mi corazón?

Parece que tu obra no termina nunca; pero es cierto, que mi corazón es distinto, en medio de tu Corriente.

Cuando comenzaste a obrar en mí, aún no supe qué querías

hacer, y no entendí nada; es por eso que ni siquiera me explicabas; yo miraba mi vida con un corazón tan limitado, encerrado en medio de lo humano, y tú tenías la visión de una nueva vida que viene del Corazón del Señor.

Mi corazón se resistía por mucho tiempo; no siempre fue por la maldad, sino más bien, por la ignorancia, pues no supe qué querías de mí, ni me llegaba tu palabra; tan sólo presentía que tenías razón, e intuía que yo podía estar equivocado. Estuve con mis pensamientos, encerrado; por eso, me dabas tu tiempo; si bien, exigías de mí que cortase con mis actitudes enfermas, las que me confundían, el tiempo de mi corazón fue muy largo; y después, mi corazón sólo esperaba de ti, Señor.

¿Por qué mi corazón fue insensible frente a tu paz y tu amor, que no me llegaban?; es que llevaban mucha vida, por eso, no llegaban a mí.

¡Qué misteriosa es la vida del hombre ciego, insensible y aún enfermo!; recién hoy lo veo; por eso, trato de comprender a la gente perdida, y casi sin el corazón; si tú, Jesús, les das tu tiempo, debo ser paciente con ellos, como lo fuiste conmigo; y parece que sigues siendo paciente igual.

¿Cuánto tiempo necesita el hombre para sentir que Jesús ama con el amor del Padre?; ¿quién lo sabrá?

A veces, parece un tiempo eterno; sin embargo, cuando la gracia del Señor logra penetrar las debilidades del corazón, se hace como los rayos del sol que llega; pues aún la tierra empieza a derretirse por su ternura.

¡Pero a cuántas cosas el Señor vence en ese tiempo!; a eso se lo entiende, mientras Él nos hace vivenciar su Gracia, si es que logramos comprenderla.

En fin, cuando se deshace el hielo en el corazón, empieza a brotar la vida; es la primavera, y la vida cambia de un modo como inesperado, imprevisible; aún, vemos que la primavera es buena por la nueva vida, que se renueva en el corazón ya hallado en el Señor.

¡Cuánto tiempo tarda el hombre en descubrir lo propio de su vida en el Señor, en Jesús presente!; ¡y qué difícil se hace para transmitirlo a aquellos que están lejos!

Al vivir en el corazón la nueva vida, luego de un invierno y de las noches postergadas en el tiempo, aún podemos ver lo que el Señor quiere de las vidas, y en qué sentido podemos ayudarle en la misión; porque Él necesita de aquellos que, al estar en el mundo, pueden llevar a los hermanos lo que Él quiere darles de su Corazón.

El hombre necesita ver el Corazón del Señor, y necesita mirar a su hermano; luego aún hay que esperar, como el Señor nos había esperado y lo sigue haciendo.

En esta obra me pone Jesús; pues si camino por el mundo, es para que lleve al Señor en mi corazón.

Por más que sea muy pobre, mi corazón desea vibrar con el Corazón de Jesús; y si lo desea, se asombrará con su gracia, para mi felicidad y para el bien de mis hermanos.

Te alabo, Señor, por el día que me espera.

d. DESDE EL ESPÍRITU

Desde que Jesús había comenzado a cambiar mi corazón, mi vida iba resurgiendo, pues el Señor la había promovido en el espíritu; y pasó mucho tiempo hasta que empecé a vivenciar ese cambio; como la vida se había torcido mucho, me había llevado por los caminos menos esperados; aún experimenté la lucha entre la vida inclinada a los deseos desordenados y

la fuerza que brota en el corazón.

La nueva vida es como un rebrote que se despierta, y debe enfrentar los vientos y tempestades; pero hay que cultivar la convicción de que, el que nos sostiene es el Señor.

Si bien, Jesús nos propone cortar con las actitudes adversas a la obra del Señor, nuestra tarea es limitada; y es como cortar una vida dejándole las raíces que llegan al corazón, donde se nutre, aprovechándose de la nueva vida. Luego, seguimos los enfrentamientos hasta que logremos resolver los conflictos en el interior, cada vez más profundos; aún nos encontramos con nuevas sorpresas, pues, en su gran parte, no entendemos esta lucha ni nos comprendemos a nosotros mismos. De este modo, seguimos viviendo; y si no nos aferrásemos a Jesús, para sostenernos contra los vientos que son fuertes, sería muy fácil perdernos en medio del mundo; no obstante, si no pasásemos por la guerra, no sería posible ver la renovación en el espíritu unido al Señor.

Y nos llevará mucho tiempo para encontrar cierto dominio en nuestro interior, y que la vida esté guiada por el Señor.

Es el tiempo de angustias y de penas; pero la angustia y el sufrimiento tienen que ver con un nuevo nacimiento; si la vida nace, lleva su tiempo hasta que se afiance en un mundo que entiende muy poco la obra del Señor; tampoco tiene noción de lo que Él hace en medio de la vida.

El mundo no comprende la confusión que experimentamos, hasta lograr afianzarnos en el Señor.

La Vida del Señor se asegura poco a poco; la paz de Jesús la sostiene; Jesús da su paz, cuando hay que superar las guerras, que ya son distintas, más comprendidas y aún aceptadas, al ver el bien que el Señor implanta en nuestra vida.

¡A cuánto miedo, a cuántas tristezas vence Jesús en nuestro

corazón, hasta afianzar la presencia del Señor de modo, que supere las penas e inseguridades!; ¡cuánto tiempo debe obrar en una vida confundida, hasta que la paz sea un signo de su Presencia, que permita enfrentar los vientos y tormentas, los miedos y tristezas!; pues la vida sigue enfrentándose, pero lo hace con otro espíritu, con el Señor presente.

Entonces, empezamos a entender lo que Jesús dijo del odio y de los resentimientos, lo que Él aconsejaba, cuando había que perdonar setenta veces siete; aún comenzamos a ver la sensatez de su pensamiento pleno de vida, a buscar cómo superar las distorsiones que renacen en el espíritu; y como Jesús nos hace ver lo que enfrentamos en el espíritu, con el Señor presente, la lucha se presenta distinta y vienen los verdaderos cambios.

Es la Vida del Señor, en medio de un corazón iluminado por Él, la que comienza a ordenar la realidad; todo se pone en su lugar; la vida halla su lugar ante el Señor, y los hermanos hallan su justo lugar, a la vez, la realidad del mundo y las cosas materiales ocupan su lugar, pues se inicia un nuevo orden de la vida, ahora, toda se hace comprensible y aún nos convencemos que siempre debería ser así.

Después del encuentro con el Señor, volvemos a hablar de Jesús, con cierto fundamento y Él, ya no es una palabra sólo memorizada, sino que es la que nace en Él, encontrado de verdad.

Nuestra palabra tendrá fuerza, será acompañada de una gran comprensión de la vida que descubrimos en el camino; y la paz será el estandarte que debemos llevar siempre.

e. LA CRISIS

En el seguimiento de Jesús hay tiempos, cuando uno quisiera abandonarlo; lo haría por distintos motivos: una vez, porque Jesús es demasiado grande y su obra es muy grande, como si no fuese para nosotros; otras veces, por las exigencias, pues éstas se proyectan más comprensibles, al superar las luchas. Es que la vida no resuelve las crisis de una vez para siempre, si los conflictos son fuertes; a veces, nos quedamos como en medio de una guerra inútil; no resolvemos nada y aún, nos metemos en nuevas guerras; a esa realidad la vivimos por un tiempo casi interminable; pero así lo vemos nosotros.

Jesús daba libertad a sus seguidores y no forzaba sus pasos; pero tampoco quiso que lo dejaran por cualquier cosa que no fuese sensata; si una vez, les hacía optar, otras veces les trató con cierta dureza, mientras su Corazón fue muy sensible. Aún, les llevó a la Montaña de la Transfiguración; son esos momentos de optar una vez más, en el seguimiento de Jesús, y todos son importantes; y si fueron difíciles de superarlos, luego entraban en un crecimiento aún más grande.

Del principio, Jesús les enviaba a las misiones; pero ante todo le preocupaba el crecimiento espiritual, las misiones les hacían ver cuánto les faltaba en su interior; es que no se podía hacer mucho, si el corazón estaba débil.

Felizmente, las luchas en medio de la misión, les permitían volver a su interior para buscar la fuerza tan necesaria para resolver su propia vida; mientras enfrentaban la realidad de los hermanos, volvían para enfrentarse ante del Señor; y Jesús tenía su Palabra en un tiempo oportuno.

En medio de los cambios que vive el hombre, promovidos por el Señor, aún hay tiempos de flaqueza, de retrocesos; y al

tomar la noción de la realidad, poco a poco, podemos medir las fuerzas. A veces, muy temprano nos sentimos seguros y no bien damos un paso, caemos y nos golpeamos; son esas experiencias que hay que pasar, hasta que la confianza en el Señor, halle la seguridad. Si la confianza cambia la vida, a la vez, debemos esperar los cambios; es como con la fuente donde el agua no llega tan pronto; así es la vida.

El sufrimiento es parte de la vida, de la conflictividad; aún es consecuencia de una vida desordenada; pero viene también, cuando la vida vive los cambios que nacen en el Señor; si antes fue como un acompañante de la destrucción, ahora está en medio de la redención ofrecida por el Señor; es el mismo sufrimiento y tiene un sentido diferente.

La debilidad suele ser redimida con el sufrimiento asumido en paz, hasta que esté vencida del todo, mientras Jesús está en nuestro camino.

Es bueno ver cómo Jesús sigue venciendo la vida; si desde el principio, nos propone el camino de renunciaciones, en fin, aún es paciente, mientras seguimos venciendo la debilidad, por la gracia del Señor.

No nos proyecta un camino fácil; pues ya están la renuncia, el sufrimiento y la vida que nos humilla, cuando no podemos dar un paso adelante; pero todo está en medio de un cambio proyectado por Jesús, quien ve lejos y comprende la vida y la debilidad que sigue volviendo; aún hay oportunidades para luchar y buscar al Señor más aún, hasta que la vida halle la verdadera fuerza, y que Él logre vencernos definitivamente.

A esa experiencia se percibe en la vida de los discípulos; y es importante para descubrir el camino para nosotros, si es que queremos seguir a Jesús.

Si no encontramos la claridad, es porque las debilidades nos

vencen y perturban; las mismas nos ponen en medio de los cuestionamientos; pero serían el motivo para luchar aún más, mientras buscamos la fuerza del Señor.

Entonces, entre el sufrimiento y la gracia, se va forjando un nuevo camino; algún día, el Señor nos hará vencer nuestras debilidades; si todavía tardamos, pero habíamos puesto todo el empeño, la fiesta será grande.

f. VIENDO CON LA LUZ DEL SEÑOR

¿Qué quiere decir: yo comprendo mi vida?

Es adquirir una mirada de la misma y de los acontecimientos, en medio de una nueva luz que nos permite mirar bien hasta lo más oculto, más triste y menos aceptable.

Esa visión nos lleva a aceptar la realidad en paz; aún, en lo más profundo del corazón, renace el deseo de agradecer al Señor por la vida, a pesar de que fue triste, tormentosa y desesperante.

Todo en la vida tiene su propio sentido, así como es y como lo habíamos vivido; y si hoy, no quisiésemos volver a ciertas vivencias, eso no quiere decir que no nos sirven; y podrían servirnos más aún, pero hay que llegar a verlas con la mirada de Jesús que no nos llega tan pronto.

Al principio debemos conformarnos con la Palabra de Jesús; al confiar en su perdón, tratamos de aceptar la vida; luego, en la medida en que la misma sigue superándose, y lo que fue muy conflictivo aún entra en el nuevo orden de las vivencias, nos damos cuenta del sentido de las cosas, y que Jesús tenía razón; en fin, mientras los juicios se borran, empezamos a presentir la enseñanza de Jesús.

Nos cuesta aceptar las vivencias, que condicionan la vida en nuestras raíces; así, estamos en el lugar de donde partimos y

lo que nos viene de nuestra familia; vamos a encontrar a los que reniegan contra sus raíces, contra sus padres y las cosas tristes que habían vivido, y lo guardan en la memoria muy temprana; aún nos toca buscar la reconciliación, y es la que nos llevará mucho tiempo; pero algún día agradeceremos al Señor por esta vida, porque por ella, nos encontramos con Jesús; en otras circunstancias, no lo hubiésemos buscado con tanta insistencia ni con tanto deseo; pues todo en la vida tiene su propio sentido, así como es.

La vida está más allá de nuestro modo de juzgarla; hay una parte en ella, como un gran misterio; sólo la confianza puesta en el Señor nos lleva a la paz.

La reconciliación nos llega, porque despierta la confianza en el Señor; sin ella, vendrían las rebeldías y angustias.

En fin, abandonamos las peleas y preguntas que no llevan a ningún fin; y sólo aceptamos la vida, agradecidos por ella.

Aún presiento que, si el hombre hubiese podido elegir de nuevo su camino en el mundo, entraría por la misma puerta y la misma familia, viendo de antemano cómo se va a sentir condicionado, confundido y perdido; a esa noción olvidada, la puede ir recuperando, al ver a Jesús en su vida; y mientras su interior se sana de los resentimientos, rebeldías y penas, aún se abre el camino de paz y de amor, de comprensión y de misericordia; y desde ahora, empezamos a agradecer al Señor por lo que nos toca vivir, pues la vida halla su verdadero fundamento, para poder crecer; son los cimientos del Señor; entonces, hasta lo más triste, se transforma en la Gracia.

¿Cuánto tiempo le lleva a Jesús, hasta transformar nuestro modo de pensar y de sentir, hasta que resurja el pensamiento sano y los sentimientos de bien, en nuestro corazón?

Sospecho que mucho tiempo; de hecho, es un camino.

La tristeza y las penas que envuelven la vida, son unas nubes espesas, pegadas a la tierra, pues, vivir por mucho tiempo, en medio de un mundo oscuro, nos llevó a esa vida desgastada; como caminábamos en plena oscuridad, todo se hizo triste y la vida muy pesada; en esta realidad, sigue entrando Jesús.

Sólo quiero agradecerte, Señor, por el camino de mi vida, por tu luz en mis tinieblas; por tu paciencia, cuando no supe comprenderte, ni tuve fuerza para confiar en ti.
Me dijiste que sólo la confianza me iba a salvar; no obstante, no supe buscar la fuerza en tu Corazón para confiarte.
En ese camino estabas; aún te presentí y no supe hacer ni un paso adelante; pero ese tiempo ya pasó.
Hoy, te agradezco por mi vida y porque siempre estás en mi camino; también cuando no te veía, yo, ciego.

g. LA RESPUESTA NACE

Un tiempo, di catequesis a los chicos de la primaria; y ellos venían libremente, convencidos de lo que hacían, pues, venir a la catequesis, fue como una declaración de la fe.
Me acuerdo de la pregunta que les hacía, la que para mí fue importante: ¿quién es Jesús?
Pero muchos de los chicos, no sabían contestarla.
¿No sería que no los supe transmitir a Jesús de mi vida?
¿O hay algo más?

Las vivencias me hacían crecer en mi permanente búsqueda de Jesús; me parecía que vivir de veras, era buscarlo.
Hasta en las respuestas de los demás, lo iba averiguando aún, insistiendo; me gustaba ver que lo vivían en su corazón, en lo más profundo de su ser.

No se puede hablar de Jesús, si Él no toca profundamente la

vida, pues anunciamos a nuestro Jesús y Éste, es importante para nosotros y aún puede ser entregado de un modo fuerte, porque la vivencia despierta otras vivencias, si es que el corazón se abre o está por despertarse.

Sospecho que cada uno de nosotros, tiene su lenguaje; es el de su corazón que sabe expresar a Jesús, si realmente Él está en la vida; un Jesús real en medio de nuestra realidad.

Hablamos de Jesús según la vivencia de nuestro corazón; y si decimos algo más de lo que vivimos, ya llega sin fuerza ni convicción, ni vida; ¿y para qué hablar?; ¿para confundirnos y confundir a los demás?

Lo que pasa es que, con cierta frecuencia, tenemos a un Jesús aprendido y no vivido; y nos engañamos aún sin saberlo.

¿Qué podemos esperar entonces, de nuestra palabra?

¿Quién eres tú?; tantas veces, pregunté a Jesús, fijándome en Él, mirando mi vida; y Él siempre me hacía volver a mí, para ver alguna vivencia más, que venía del Señor.

Él iba creciendo, mientras crecía su obra en el tiempo del Señor; si hoy, quiero reconocerla, es para su gloria, pues soy quien encontró a Jesús por la gracia del Señor.

¿Quién eres?; sigo preguntando y lo veo aún más grande.

Pregunto adónde llegará Jesús en mi vida; aún, sospecho que seguirá creciendo; y si no tiene límites, no sé cómo mi vida puede asumir su grandeza; y lo voy recibiendo cada vez más.

Cuando veo su gran obra en medio de mi pobreza, hasta me asusto, pues me sorprende; no lo espero tanto ni lo busco, ni lo pido y Él, adelantando mis pasos, da aún más; y en este camino quiero seguir hasta los últimos días de mi vida, y siempre por Jesús, luchando por su lugar, por su tiempo; por Él, para que sea cada vez más grande en el mundo.

Y Él se vale de este pequeño lugar que es mi corazón.

3. DESPUÉS DE LA RESURRECCIÓN.

a. UNA PERSPECTIVA

En el mensaje de Jesús, hay un espacio para hablar lo que va a ocurrir con su vida; no obstante, aún en medio del anuncio de su muerte, Jesús no se olvida de la Resurrección.

El anuncio de la Muerte y la Resurrección se va ampliando, en medio de la confusión de los discípulos.

La Cruz de Jesús es un problema en el discipulado; si por un largo tiempo, es un drama, cuando Él resucite, se recupera el sentido real.

El Mensaje de Jesús de la Paz y del Amor va a ir tomando su propio camino en medio de la vida.

Mientras se habla del rechazo de Jesús, a la vez, se trata de los valores; porque quien rechaza a la persona, suele hacer lo mismo con lo que viene de su corazón, y cuando el hombre sigue ennegrecido, va tirando todo, aún, lo más sagrado.

¡Qué triste es ver cuando el pueblo rechaza a Jesús!

El mismo pueblo que había descubierto la luz en Él, presente en el mundo, lo rechaza; ¿y quién lo puede comprender?; no obstante, no hay nada que decir contra los hechos.

Si bien, en la misión de Jesús se intuye una obra muy grande, en fin, todo pasa por el cambio del corazón; aún, está en juego la vida que podría responder a Jesús; pero como la respuesta compromete, es fácil buscar argumentos contra Él. La Enseñanza toca a la vida y busca un modo para iniciar un verdadero cambio; el hombre responde al Señor o se queda como escondido con su pensamiento, aún suele ponerse en contra de Jesús; y a todo esto lo vieron sus discípulos.

Pero a Jesús se le va a complicar más aún; si al comienzo, el

pueblo se fija en Él y lo mira con cierta sorpresa, frente a su Mensaje tan diferente, con el tiempo, las cosas cambian; si es que la Imagen de Jesús sigue creciendo, aún lo persiguen y censuran, calumnian y juzgan.

Los discípulos lo viven, lo presienten en sus corazones; así, se van enfrentando la claridad de las vivencias y el mundo que rechaza a Jesús; ¿y quién es más fuerte?

Entonces, ¿es posible entrar con el mensaje de Jesús?

La claridad del Mensaje resurge en un corazón transformado por Jesús; es el único modo para poder comprenderlo; en otro caso, el hombre sólo toleraría a Jesús, si le alcanzan las fuerzas, pero pronto se cansa y empieza a perseguirlo; halla su razonamiento, su lógica coherente, y lo urge el tiempo para enfrentar a Jesús; aún, la persecución sería necesaria, según el hombre; y así pasa con Jesús, en todos los tiempos.

No obstante, el tiempo será testigo de una nueva realidad, y lo que es del Señor vencerá, pero pasa por un camino difícil; y no hay otro modo para vencer el corazón, si no le responde. En el caso de Jesús, lo veo como un solitario; ni siquiera sus discípulos lo comprenden; sin embargo, Él sigue su camino y otros, lo verán cuando sea el tiempo justo.

¡A cuánta serenidad hay que tener para ese tiempo, mientras nos toca vivirlo!; si la salvación es como el pan de cada día, hoy también vivimos los tiempos oscuros, pues la obra del Señor sigue enfrentando el mundo, en la lucha que parece tan desigual; no obstante, la gracia no se pierde jamás; resurge cuando es su hora y muchos se sorprenden.

b. ES DEMASIADO GRANDE

El Mensaje de Jesús fue como demasiado grande para los

discípulos. Mientras lo iban descubriendo, Él ya estaba con lo nuevo, aún más profundo; lo que Jesús les hablaba de la Vida nueva, tan grande para ellos, en parte lo comprendían y en gran parte era un misterio; lo iba llevando por el camino de la apertura hacia el Señor; y mientras ellos crecían, Jesús les asombraba más aún; lo importante fue no perder el hilo que les unía a Jesús, para seguir creciendo en la gracia.

Si es cierto que el corazón transformado por Jesús, empieza a actuar de modo diferente, aún debe vencer sus costumbres y modos de ver, de sentir, de actuar, que son distintos de lo que proyecta Jesús; eso lleva muchas luchas, mucho sufrimiento; en ese camino están los discípulos, y Él sigue venciendo sus corazones tan humanos que desean abrirse para el Señor. Es justamente, el camino que hacen para llegar al Cenáculo; no es tan sencillo; creo que ellos ni siquiera se imaginan esos cambios en su vida.

En la apertura del corazón, se inicia la perspectiva de la vida plasmada por Jesús; pero en medio del mundo confundido, esa misma perspectiva se distorsiona; por eso el hombre, con su corazón apenas abierto para el Señor, ve poco e intuye menos aún, lo que Jesús proyecta en su vida; y mientras Él siembra la Semilla, la misma enfrenta la realidad del mundo, para abrirse hacia el Señor.

Entonces, ¿adónde lleva su Proyecto?

Hoy, difícilmente nos imaginamos el Proyecto del Señor, en medio de la Presencia de Jesús sembrada en nuestro corazón; no vemos adónde nos puede llevar, y cómo va a cambiar la vida; nos cuesta ver el camino de los cambios promovidos por Él, pues estamos ante una Vida casi desconocida, como si tuviésemos en la mano la semilla de una planta y aún no tenemos nada lo que aportaría para su vida futura, real.

Muchos de los cristianos aún no ven todo el camino de los cambios que resurgen de la Presencia de Jesús, en nosotros; por eso, se les hace difícil hablar sobre la vida del Señor; sin embargo, Él supera nuestra ceguera; y si los hombres aún no lo comprenden, les da el tiempo que necesitan.

Y Jesús anticipa los cambios que nos tocan vivir, mientras enfrenta nuestras vidas; nos habla con su corazón, que nos comprende más allá de la comprensión humana; pero casi no puede adelantar los pasos; es como si todo debiese pasar sólo de ese modo. Y la vida debe poner su atención en esa lucha que vivimos en el interior, mientras Él obra, venciéndonos en medio de una realidad muy confusa; algún día, hallamos su luz; pero, ¿cuándo?; quizás falta aún mucho tiempo.

Hay que lograr, por la gracia del Señor, la plena noción de la realidad que sigue muriéndose; si es que antes, había estado muerta, igual promovía el corazón; pero hoy, se aquieta en medio de la obra del Señor, dejando en paz el crecimiento que viene de Él. Las cosas muertas aún se ponen al servicio de la vida esperada; luego, la nueva Vida empieza a dominar en nuestro ser, pues está bien encaminada.

A esas Presencias, a las Vidas, Jesús las iba sembrando como en medio de un desierto, donde había un desorden sembrado por el hombre y el mundo. Si es que iniciaba el camino de la renovación, Él tenía su tiempo y su modo.

¡Cómo costó a los discípulos entrar en ese gran camino de los cambios!; y si los presentían en su interior, los mismos se iban a proyectar en el mundo, aún más grande; pero, ¿cómo, y cuándo?; ¿de qué manera Jesús iba a realizarlos?

Después de lo que les había dicho en el Cenáculo, empiezan a abrirse sus ojos; pero la Muerte de Jesús es inminente; es la que perturba más aún, en sus corazones.

c. EL GRANO DEBE MORIR

Jesús hablaba del grano y, a la vez, veía su propia vida. No sé si la vida muere, o se abre en un tiempo misterioso de la semilla echada en tierra; porque más allá de las muertes, estamos en la hora de transformaciones que superan nuestro modo de pensar y de comprender. Entonces, ¿cómo es con la vida de Jesús?

Justamente, el grano que cae en tierra, penetra sus entrañas y se queda por un tiempo, en medio de la oscuridad; pero de allí, empieza a despertarse para cubrir la tierra. ¿Hasta qué punto la tierra está por la vida del grano, cuando la vida ya crecida, va cambiando la imagen del mundo? ¿Por dónde lleva Jesús en el camino de las transformaciones del hombre nuevo, en esta tierra que será nueva?

Jesús es como si estuviese madurando, mientras camina por el mundo; está esperando su gran hora, porque el mundo no aguanta más su Presencia. Se abren las entrañas de la tierra y hasta allí, desciende para llevar la nueva Vida; entonces, ¿qué va pasar con el mundo, mientras la Vida sigue prendiendo? Sin embargo, sólo algunos lo ven y lo comprenden.

Jesús desciende a la profundidad del corazón para sembrar la Vida del Padre, mientras nuestra vida lo recibe. Llegó a madurar en el mundo, antes de llegar a nosotros. Entonces, ¿qué pasará con Él, y qué será de nuestra vida? La Semilla halla la tierra para iniciar la nueva Vida; así están los que asumen a Jesús en sus vidas.

Hablaste de las semillas y pocos te comprendieron, pues tu Proyecto fue grande: ¿y quién podía ver lo que sembrabas en

el mundo?

Cuando invitabas a seguirte, a algunos quizás les parecía que podían acompañarte; no obstante, tú les ibas llevando para que madurasen y, de ese modo, hallabas las nuevas semillas para el mundo entero; es que querías transformarlo.

Hiciste madurar bien a las semillas, con tu luz y tu calor.

Hoy, las envías para que descendan a las profundidades de la maldad del mundo.

¿Y qué pasará con tus semillas, enfrentarán el mundo?

Es el tiempo de la vida o de la muerte; si comienzan a brotar y superan las adversidades, la Vida del mundo transformado será muy grande; y por esa obra tú estás.

Por algo, hablaste a tus discípulos, del Espíritu que ellos iban a recibir, pues lo necesitaban; es porque ellos no podían salir solos ni desprevenidos en un mundo frío y oscuro.

Por la misma obra, despiertas a tus seguidores que ya toman conciencia de tu gran Misión, en un mundo tan difícil; pero tú estás desde siempre.

d. HASTA LOS ABISMOS

La Palabra del Padre descende a los abismos, y se encuentra con la creación perdida en el tiempo; es porque no se puede perder, es del Señor.

Él descende, viene su salvación cuando la creación necesita salvarse más que nunca.

El cielo y la tierra se unen en la hora de la tormenta.

¿Quién comprende ese tiempo?

Así llegó Jesús, y el mundo ya no supo rechazarlo; le abrió el camino hasta los abismos de su existencia.

En la actitud del hombre se juntan las fuerzas de los abismos,

y están unidas contra Jesús, como si fuese para siempre; pero se inicia un nuevo camino que lleva a un resurgimiento por medio de la Palabra, que resuena con la Vida del mundo.

¿Cuánto tiempo te ibas preparando, en medio del Proyecto del Padre, para llegar a esa hora?; ¿cómo ibas llevando a tus seguidores que te entendían muy poco?

Si es que quisiste que te acompañasen, al camino lo hiciste casi solo, porque ellos no comprendían tu descenso a los abismos de la destrucción, para renovar la eterna Alianza con el Padre de la Creación.

Aún los llevas a Getsemaní; ¿sólo para que se duerman?

¿Quién comprende el tiempo del Padre?

Y se juntan la confusión de tus discípulos con la ceguera del Templo, en aquel Tiempo Sagrado.

Así vas llegando para cumplir con la Misión; es tan grande y casi nadie la entiende; y los que se quedan a tu lado, cuando estás en la Cruz, sospecho que tampoco ven tu Camino; pero tú vienes para esa hora y es tu Misión.

No es fácil ver el Proyecto del Padre; mientras ya pasan los dos mil años, aún no lo intuimos del todo; necesitamos una nueva luz, para que nos abra los ojos en la hora del mundo.

El Proyecto del Señor tiene otros modos y otro ritmo.

Es como con la semilla; y ni siquiera sabes en qué momento comienza a brotar; mientras crece en la oscuridad de la tierra, hasta que no se encuentre con la luz, casi no puedes hablar de su crecimiento; y si la tierra debe esperar el agua que le falta, ¿qué puedes decir de la Vida en medio de la oscuridad? No obstante, la Semilla va venciendo el mundo, en el tiempo del Señor; si hoy, no lo vemos, será otro tiempo para ver; algún día, el mismo Señor nos reclamará.

Reflexiono sobre la misión de Jesús; aún pregunto, ¿hasta qué punto deseo verla en aquel tiempo, o es que me preocupa Jesús de nuestros días?; que no sea que mire su Misión sólo exteriormente, casi al ras de la tierra, sin poder entrar en la oscuridad ni llegar a las raíces; que mi modo de mirar sea siempre por la gracia del Señor, y pueda ver lo que Él me hará ver, al estar atento para recibir su luz que llega a tiempo. Deseo ver más, para ponerme al servicio de la obra de Jesús; es la que viene de aquel tiempo y todavía no culmina; aún no sé en qué etapa del crecimiento se encuentra en el mundo; ¿y quién lo diría?

En la medida en que Jesús desciende a mi espíritu, se abre el camino para la misión que Él espera de mí; en cierto sentido, mi espíritu ya está como flotando en medio de la realidad del mundo, y sigue sembrando a Jesús.

Es muy grande lo que Jesús espera de aquellos que le siguen hasta el fin; no obstante, su obra tiene otro ritmo para poder realizarse; ahora, deseo mirarla más atento que antes, pero mi corazón es pequeño y su obra es inmensa; así es siempre con el Señor.

e. DENTRO DE TU MISIÓN

Tu sufrimiento, Jesús, quizás, te separaba de aquellos que te acompañaban en aquel día de dolor; si es que ellos estaban, caminabas casi solo, en medio de tu misión.

Tus discípulos estaban lejos de ti, en aquella hora.

Hay ciertas vivencias del dolor que encierran y forman como fronteras; casi no se las puede cruzar; si alguien lo intentase hacer, parece que perturba; es como si fuese mejor mirar de lejos, aún con esa comprensión que el Señor nos da para ese tiempo; y hay que saber esperar sufriendo; es porque no hay nada que decir ni nada que hacer.

Sin embargo, ¡cuánto sufrimiento y cuánto dolor se pusieron juntos!; como si se estuviesen esperando, por si alguien los llamase; y no bien los llamó, llegaron a ti, Jesús.

Tu corazón es muy grande, sabe abarcar el sufrimiento del mundo, aún, el dolor en medio de la maldad; entonces, a la perversión habría que enfrentarla con cierto respeto.

En el camino de la cruz, Jesús, con su respetuoso silencio, va enfrentando la maldad; sigue llevando el dolor que comparte con el hombre y el mundo; pues, si la maldad los traiciona, el dolor les abre el camino para el encuentro con Jesús, Quien sigue hacia el Gólgota; está tan cerca de todos los hombres.

En medio de tu sufrimiento que fue aceptado en tu Corazón, supiste unirte a todo el dolor más profundo del hombre y del mundo, integrándote con la realidad muy dolorosa; pues, no hay otro camino para que lo hicieses tan profundamente, como ése que tú eliges; es de tu Padre por la salvación de los hombres; y lo conoces desde siempre.

¡Qué modo de asumir el dolor de una humanidad perdida!; es por eso que tú, Jesús, lo haces en silencio, con respeto.

Supiste qué camino te esperaba; pasaste por tus luchas antes de asumirlo, y ahora todo está claro; caminas en paz y sólo estás en tus vivencias; si los hombres te insultan, quizás en algún momento, te comprenderán y aún sentirán tu Corazón tan entregado por el mundo y el hombre.

Llegaste al lugar más alto, para quedarte con el sufrimiento; hasta allí, te daban tus fuerzas; si te hubiesen faltado, alguien te habría ayudado; si no te hubiesen socorrido los hombres, tu Padre se habría preocupado de ti, porque debías llegar a ese lugar.

Una gran tormenta cubre el Monte Sagrado; es ésa, entre la

vida y la muerte; estás en medio de la misma.

Pero, ¿dónde están los que te habían insultado?

El mundo comienza a moverse con un giro distinto; el Señor entra en la realidad del mundo para poner todo en su lugar, quizás, de una vez para siempre.

Tú, Jesús, me abres el camino hacia el mundo; me indicas de un modo tan claro que no tengo más dudas; estás marcando el camino de la salvación y cada día, llegas a los hombres y el mundo, uniéndote a su realidad.

Tu sufrimiento abre las fronteras que no fueron transitadas; desde que hiciste el Camino de la Cruz, se iban abriendo los nuevos caminos; pero hay que transitarlos como si estuvieses haciéndolo hoy, en nuestro mundo; para esto me necesitas, lo tengo claro.

No hay otro camino para la salvación del mundo.

Mientras camino, medito y oro, me haces ver que es el único camino que el Padre halla, para que los hombres vuelvan al Señor; y si hoy no lo transitan, algún día, se recordarán lo que hiciste por ellos y el mundo.

Tú, Jesús, me estás preparando; quizás te miro de lejos, pero mañana nos encontramos, y volverás a recordarme el camino que marcaste para mí.

Entonces, comprenderé mi misión; y quizás te diga que sí.

f. EL VENCEDOR DEL HOMBRE

Luego, aún volviste a caminar por esta tierra redimida con tu Sangre; de este modo, el mundo podía reconocer tu Camino, el único que conducía a la Vida.

¡Cuánta sabiduría del Señor encerraste en ese paso hacia el Gólgota!; pero ¿cuánto tiempo necesita el hombre hasta que lo comprenda?; ¿cuánto tiempo para la humanidad, hasta que

prenda tu Vida y se salve contra las fuerzas del mundo?
En este camino deseo seguir meditando.

En tu Cruz vences el odio, perdonas hasta el último hombre del mundo ennegrecido, enseñas otra cara de la Vida, que es del Padre, y lo transmites con una fuerza irresistible.
Si por hoy, no todos lo ven, tendrán otro tiempo para ver; es porque debes llegar a los hombres y el mundo; es tu camino, así lo había proyectado tu Padre desde siempre.

Es la Imagen de la Cruz, la que debemos enseñar al mundo que, en el principio, la rechaza y le cuesta aceptarla; pero con el tiempo, la Imagen recobra Vida y el verdadero sentido, de modo, que los hombres empiezan a comprenderla, y como el Padre busca a que vean a su Hijo enviado al mundo, siempre para salvar a la Humanidad.

La Imagen de Jesús en la Cruz, va entrando en la vida del mundo y de los hombres; si es que hay ciertos tiempos que hablan menos de esta Imagen, y no hallan una palabra justa para hablar de Jesús en la Cruz, luego los hombres empiezan a expresarse con la luz que les viene del Señor; entonces, la Imagen recupera la Vida, para poder llegar al mundo muerto.

Nuestros tiempos se prestan para ver la verdadera Imagen de Jesús; cada vez más, vivenciamos la presencia de Jesús que viene de la Cruz.

Es la Imagen que nos puede llevar a la transformación.
¡Entonces, que Jesús con su Sangre redima a cada corazón!;
¡qué siga brotando su Agua, hasta que colme de Vida a todo el mundo!

Es la Verdad de la Cruz que debo enseñar al mundo.
No es fácil hacerlo; y si aún no tuviese fundamentos en mí,

¿con qué iría al mundo, a los hombres?; ¿no será que mi vida, en cierto sentido, debe pasar por ese camino, antes de que empiece a hablar con la fuerza que Jesús busca?

Sería entonces, su Palabra que pasa por mi corazón; y parece que deseo identificarme con el tuyo, Jesús.

San Francisco ansió tanto identificarse con Jesús en el camino de la cruz, que recibió las señales de la pasión, que aún guardaba silenciosamente hasta su muerte; así podía hablar al mundo como Jesús quiso que hablase, y su voz llegaba a los corazones de los hombres más endurecidos.

g. ¿ME AMAS?

Una vez más, fuiste al encuentro con Pedro; aún supiste dónde lo ibas a encontrar; pues estuvo pescando como antes, necesitaba hacerlo para vivir; una vez más, le inspiraste a que no dudase más de ti; ahora, para él, tú estás desde siempre y aún más grande.

Siempre lo sorprendes en medio de sus debilidades, o cuando las cosas no le salen bien; esta vez también le ayudas a sacar muchas peces; en honor de tu Nombre y por la abundancia de pesca, escribo estos pensamientos.

¿Pedro supo que Jesús lo ibas a buscar, luego de lo que había pasado entre el Cenáculo y la hora de la traición?

Ya intentó encontrarte; ya fue a la tumba y la encontró vacía; luego, fuiste a ver a los discípulos que te necesitaban; y los acontecimientos se vuelven más claros, ya no tienen dudas; pero, ¿supo Pedro que tú lo ibas a buscar, aún de madrugada, como si quisieses verlo cuanto antes?

Y lo encontraste, mientras pescaba; ¿no es que quería volver una vez más, a lo que fue antes?

Dios sabrá lo que pasaba en el corazón de Pedro.

No obstante, casi instintivamente se tira al agua y corre al encuentro; quiere llegar cuanto antes.

Lo que Jesús sembró en su corazón, ya no puede dar vuelta atrás; porque ya comenzó a seguirle; mientras tanto, pasó por muchas vivencias; pero lo que había recibido de Jesús, lo despierta en cualquier instante de su vida.

Pedro corre al encuentro, quiere llegar cuanto antes; quizás sin pensar qué le espera; ¿qué es lo que le va a decir Jesús, en esa hora de su vida?

¿A lo mejor, le hizo pescar, para que llegase a Él?

¿Me amas?, pregunta Jesús.

¿Después de lo que había pasado, es sólo eso lo que quiere saber?; ¿o es lo que Jesús ya sabe, pero quiere que también Pedro lo descubra, justamente en esa hora?; como si quisiese ayudar a entender a Pedro, el sentido del amor que supera las debilidades y las confusiones, los miedos y culpas.

¿Me amas?, le pregunta Jesús.

Pero, ¿cómo le puede contestar?

¿Cuál será el rebaño de Jesús, después de la Resurrección?

¿Será el mismo de antes, o tendrá una imagen distinta?

Porque la realidad es otra; también cambian los que habían seguido a Jesús; aún se van encontrando y si vuelven, no son los de antes; entonces, ¿cuál será el rebaño desde ahora?

¿Lo ve Pedro, antes de decir sí a Jesús?

Se abre el camino para Pedro; él va a conducir el rebaño.

Pero su vida, ¿a dónde se encamina?

Jesús está muy claro, y Pedro lo escucha bien.

El camino está aún más abierto que antes, pero el tiempo es diferente; como Pedro ya había visto por dónde iba Jesús, le queda seguirle hasta el fin; porque debe llegar donde no

había estado en aquella hora.

La decisión es definitiva: y pensar que Pedro debía pasar por las vivencias dolorosas, para entregar su vida por Jesús.

¿Qué pasa en el corazón de Pedro, con el proyecto de una vida muy claro?; si su vida ya está definida, la toma como una gracia; esta atento por cada paso que debe dar.

Y Jesús comienza a prepararlo; Pedro aún volverá a su nuevo Getsemaní; esta vez, no será para dormir, sino para decir que sí; ya comienza a vivir para aquel momento.

Prólogo	3
1. El llamado	5
a. el comienzo	5
b. siento una voz	6
c. la voz me llevaba a ti	8
d. ya llegas a mi vida	10
e. el primer conflicto	12
f. al enfrentar las dificultades	14
g. el germen en medio del Pueblo	16
2. ¿Quién eres tú?	19
a. su mirada	19
b. ¿qué quieres de mí?	20
c. has cambiado mi corazón	22
d. desde el espíritu	24
e. la crisis	27
f. viendo con la luz del Señor	29
g. la respuesta nace	31
3. Después de la Resurrección	33
a. una perspectiva	33
b. es demasiado grande	34
c. el grano debe morir	37
d. hasta los abismos	38
e. dentro de tu Misión	40
f. el vencedor del hombre	42
g. ¿me amas?	44

